ADELANTAR LOS DEBATES

Carlos Rincón
Freie Universität

El placer que me había deparado ese tipo de retratos que Aleixandre y Alberti cultivaron, como “visión primera” de alguien que ya era para ellos de significación en sus propias vidas, me hacía estar alerta en mi primer encuentro con Antonio. Fue en Caracas, en la segunda parte del 77, y de lo mucho que retengo de esos días muy intensos ofrezco apenas una observación: el interés de Antonio por planteamientos surgidos en otras disciplinas, sobre todo dentro de los enfoques de la teoría de la dependencia (lo que hoy se ve como uno de los antecedentes de la reflexión poscolonial); su interés por la economía, la sociología o la politología, según se enfocan en nuestros países. Se interesaba, por ejemplo, en las ideas de Silva Michelena, el economista venezolano, sobre la “heterogeneidad” de las sociedades latinoamericanas como obstáculo para el desarrollo. Al tercer día, después de haber conversado con Tomás Vazconi y Volker Petzold sobre la ola de modernización que tenía lugar entonces en Venezuela y Brasil, y hablando luego de “modernidad”, a manera de broma acuñó de súbito la fórmula “modernidad periférica”. Jugó con ella un momento, y pasó a informarse de los preparativos de la reunión de Barbados II, que iba a tener lugar, creo, el año siguiente. En medio del proceso de construcción de una teorización propia, de alguna manera Antonio me resultó entonces abierto al traslado interdisciplinario de categorías descriptivas o analíticas, sin que habláramos entonces de la cuestión.

En 1988, en una conferencia en La Habana (el posmodernismo como Doppelgänger de todo lo tratado, aunque sólo John Beverley y yo lo abordáramos directamente), caminando por la Plaza de la catedral, Antonio dejó caer una sola frase: “el debate sobre el posmodernismo ya está en la revista; hay que darlo”. La línea era clara. El 70% de los participantes invitados desde el exterior no habían oído hablar de él, el 20% no quería tener que ver con él. Antonio, empero, como estratega, lo sabía: había que adelantar ese debate. Él insistió inmediatamente en el tema de la desconexión y la incomunicación.

Estas dos observaciones se me ocurren pensando en su artículo del 98 y en algunas de las cosas que hemos hecho aquí, dentro de un grupo de investigación que trabaja sobre el “instrumentario conceptual de las (nuevas) ciencias culturales”, a partir del final del rechazo aporético de las metáforas. Con esa premisa se ha pasado a estudiar procesos culturales desde el punto de vista de la apropiación cultural y de la circulación y recepción, para hacer la historia/genealogía cultural y conceptual de metáforas que funcionan como conceptos dentro de diversas culturas teóricas: canibalismo, *recycling*, hibridación, creolización, en cuanto a procesos de apropiación; y transferencia, traducción, en cuanto a circulación y recepción. Lo primero que pudimos comprobar, hace ya siete años, fue que *hybridity*, así viniera de la teoría de la herencia, de las conceptualizaciones raciales, o de la agroindustria, ya desde mediados de los setenta funcionaba en las teorizaciones de la arquitectura y de las artes plásticas del *postmodernism* norteamericano, mientras la concepción de Bajtín acerca de la palabra y el discurso híbridos era recibida por las nuevas teorizaciones de la literatura y la cultura, por semióticos y posestructuralistas. Al iniciarse los ochenta *hybridity* pasa a ser, dentro de las teorías generales acerca de la posmodernidad, que entonces comienzan a producirse aceleradamente, uno de los elementos determinantes de la condición posmoderna. Y como si fuera poco, entre 1982 y 1984 Bhabha hizo de la hibridación cuestión clave de las teorizaciones poscoloniales. Todo esto sucede *antes* de 1984.

En cuanto a la segunda parte del artículo de Antonio, se me ocurre que apunta a un hecho esencial: el cambio en las relaciones culturales —y de toda otra índole— entre los Estados Unidos y América Latina, que no es tan difícil observar desde aquí: los desarrollos europeos dejaron de ser el punto de referencia en muchos sectores latinoamericanos. O lo son apenas de manera circunstancial y efímera. Pienso, por ejemplo, que la idea de “sociedad del riesgo”, el hallazgo de Beck en 1987, que hoy reciben alborozados algunos jóvenes y ya no tan jóvenes sociólogos latinoamericanos, aquí (aquí también quiere decir Mercado Común Europeo) mostró sus limitaciones desde dos años antes de la caída de la Sra. Thatcher.

En 1996 Antonio había sido invitado a participar en los simposios de Santafé de Bogotá y Cartagena, con los que se abrió un programa internacional interdisciplinario sobre estudios culturales en América Latina. Comunicó los títulos de sus conferencias y estaba entusiasmado con la idea de visitar Cartagena, pero a último momento ya no pudo viajar. En Cartagena los participantes se alojaron en el antiguo convento de las clarisas —el mismo de *Del amor y otros demonios*— convertido en hotel. Después de la inauguración del evento nos juntamos en el bar que funciona en lo que fuera el coro de la capilla. Sin

proponérselo, comenzamos a hacer primeros balances y, obviamente, alguien lamentó la ausencia de Antonio: le hubiera agradado el lugar en donde estábamos. Antonio, empero, no había estado ausente. De dos maneras se había encontrado en el centro del debate adelantado. Primo, al haberle dado a la metáfora "heterogeneidad" valor analítico-conceptual, y segundo, con su reivindicación del derecho a la salvaguarda, para darle tiempo a la elaboración de los conceptos críticos, trabajándolos, volviendo sobre ellos desde perspectivas contrastadas, poniéndolos a prueba y desplazándolos. Y ahí va a seguir estando.